

El mundo del libro

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

MEMORIAS INFANTILES—*E. Caballero Calderón*
Editorial Bedout. Medellín.

En todos los verdaderos escritores cuyo nombre ha rebasado las bardas aldeanas, la niñez ejerce una crepuscular fascinación. Porque el escritor valadero es aquel que ha visto como Dante, el negro círculo del Infierno. Su obra no puede ser otra cosa que verismo, vitalismo, razón que comanda hechos, peripecia en busca del sudor y la agonía, la muerte y la resurrección de los seres humanos. Nos templamos y maduramos en una crepitante agonía. Las palabras apenas son signos externos para unir el pensamiento del hombre, angustiado por una época, asombrado y perplejo frente al mundo de los enigmas. El escritor es un testigo de la pasión de los hombres. Y estos, en la medida en que sean más auténticos y actuales, tendrán mayor semejanza con Cristo, quien, vino a conocer el mundo que habitamos, padecerlo y morir por un testimonio de amor.

El escritor verdadero suelta su barco en busca de los acantilados de la infancia. Pero estos no están ya en ningún lugar de la tierra, sino que viven sumergidos en nosotros mismos, lucero perdido en la sangre. Pero que, de pronto, nos invade de lejanas fosforescencias y de acuosas memorias. El adulto no podrá nunca reconstruir, pieza a pieza, sensación a sensación, alteza a alteza, la radiante imaginería de la infancia. Porque a medida que nos convertimos en adultos, nos alteramos y se corrompen las más puras alegrías. Conocer es perder la inocencia. Y la niñez constituye un mundo mágico, un loco viento, una cometa en la colina, el trompo que gira impulsado por la fuerza que le imprimió el brazo al zumbel. La infancia es mágica porque se alimenta de la fábula. Por eso mismo, cuando pretendemos resucitar la imagen de la infancia, apenas lograremos un cuadro desvaído, una suscitación lírica, el remoto de una voz lejana, acaso una lágrima furtiva.

Eduardo Caballero Calderón ha logrado traernos una imagen de su niñez de contornos muy nítidos. Precisamente porque su alma tiene aún el profundo amor por las cosas elementales, sencillas, obvias, pero que constituyeron los soportes de la niñez y se adentraron por los primeros caminos de la juventud, cuando ya la razón nos gobierna y somete a su botalón jerárquico.

Mucho lirismo encrespa estos relatos. Y la espuma tiembla sobre la transparencia de las corrientes desatadas. Además, y en este trabajo ya interviene el escritor formado, en este imaginero de la infancia, no todo puede ser puerilidad, inocencia, sino que el escritor toma conciencia a esa época pasada y dicta sus propias normas y razones.

Caballero Calderón vive enamorado de sus cosas terrenales, ennoblecidas por un hálito de poesía. Los caminos adustos, los vientos púberes, las colinas erosionadas, los patios santafereños de hondo zaguán y aljibes de agua repujada por el viento, las viejecitas en amarillos marfiles con su devocionario arcaico, el mozo saludador y altanero, el campesino que trabajó la tierra por una paga innoble, la carreta que regresaba en la tarde al patio familiar, los rostros amigos borrados por la muerte, todo ello, encuentra en su prosa un sitio, una manera de sentarse y calentarse al fuego del recuerdo, cuyos carbones atiza el escritor con mano diligente y un poco melancólica.

Hermoso libro este que recomendamos a nuestros lectores, principalmente a aquellos que aún creen en el sabor y olor de la tradición como fuerza dinámica que se proyecta hacia el presente.

* * *

EL AIRE Y LAS COLINAS—Poemas—*Carlos Medellín*—Bogotá-Colombia.

El título de este libro de poemas es de una diafanidad de primavera. Y su autor, Carlos Medellín, un hombre por cuya poesía cruzan signos antiguos y nuevos. Como la vida misma que fluye siempre, y, no obstante, no puede reflejar los mismos rostros, parecidas palabras, idénticos sentimientos. Porque el verdadero poeta es aquel que escribe en su tiempo, pero sin olvidar la eternidad. No todo en estos poemas de **El aire y las colinas** es pura poesía. De pronto, hallamos frases comunes y molientes, sin el germen iluminado, sin la fresca sonrisa de la dádiva cuando se amasa con sangre como tiene que ser el pan de la poesía que aspire a permanecer en una época difícil, cruzada de signos extraños y obediente a suscitaciones que ayer eran desconocidas para el mundo de la cultura.

No obstante ello, en estos poemas se salva y con alta dignidad intelectual, ese desvelo inteligente del escritor cuando comprende que no puede vivir de formas literarias caducas, línea de ceniza que deja apenas una línea de sombra en el horizonte. Medellín se aniña a veces para producir efectos líricos de verdadera calidad. En definitiva, la poesía es la resplandeciente esfera con la cual juegan las manos rampantes de los niños. Poesía es deslumbramiento, azoro, ternura, pero también dolor, melancolía de otras cosas confusas que se han vuelto viento de la memoria, acidez de recuerdo.

En esta poesía los seres, los insectos, las nubes, las esencias, los brotes tiernos del pasto, el agua cristalizada como flauta jubilosa, son elementos de una constante y amorosa presencia. Todo obedece a una fragante concepción del mundo. Por eso mismo la imagen cumple aquí su función docente, indicadora y hermosa. Lástima que el poeta se precipite de pronto en prosaísmos, en dura prosa que no casa con la belleza literaria que ha descubierto un momento antes y que se con-

vierte en voz de la sangre, presencia del hombre en un mundo que lo golpea, somete y embruja. Esta poemática tiene, además, la honesta sinceridad de lo que se ha escrito con la propia agonía. No hallamos en ella desvanecidos cromos de tarjeta postal. Ni poemas de dulzarrón romanticismo, cuya luz enfermiza nos habla de mujeres ingravidas, cbelleras pesarosas, tierno viento que juega con la falda de las muchachas. Ese sabor frutal y cálido, pero que apenas es un momento de la sangre, una espuma efervescente.

Carlos Medellín defiende los días de la cultura con obstinada emoción de mensaje. Pero antes que todo ama la poesía como el trabajo espiritual que más nos acerca al rostro de Dios. No pertenece a determinada escuela, aunque muchos poetas de vanguardia hayan desvelado sus días. Quiere sacar del hondón de mina de su sensibilidad lo mejor de ella, lo que más ha herido su vida con deslumbrante presencia. Y lo ha conseguido en grado eminente. En muchos de estos poemas baja la luz descendida de un madero para bañar nuestras manos que serán ceniza mañana. Y una claridad pura, camino del viento y del rapaz, abre su estrella en mitad de la colina de su tiempo. Leamos un poema de este libro que nos sacará avante en estas afirmaciones:

A LA HORA DEL AGUA

*A la hora del agua,
cuando el mundo despierta,
regresa del espacio,
de su antigua galaxia.
Nosotros retornamos
de nuestra propia ausencia
y la voz se devuelve
del cántico olvidado.*

*Tal es la siempreviva
voz de resurrección.
Al mismo tiempo vienen
de sí todas las cosas,
de su blanca madera
los cerrados armarios,
el hierro de la llama
el vidrio de la luz.
Y solo es el momento
de volver a encontrarnos
allí donde quedamos
la víspera del sueño.*

*Allí donde las horas
detuvieron el fuego
de los últimos labios,
donde la mano apenas
logra acallar el viento,
donde dejamos una
palabra suspendida
de la cuerda que asciende
sobre el oscuro lecho.*

*Y se devuelve el rostro
a la imagen de antes
con algo más de tierra.
Se recobra el aliento
bajo la piel distante
que casi nos regresa.
Se levanta por aires
la noche respirada
hasta la dulce fuente.*

*Debajo de ese polvo
por entre lentos humos
fluye el día en la casa,
sube por la columna
hasta el tiempo que huye
de minuto en minuto,
pasa por entre cales
el dorado cabello,
intacto el rojo pie.*

*Alguien canta en silencio
nuestros nombres ajenos,
es alguien que no sabe
dónde hallarnos los ojos:
Entonces regresamos
a los cuerpos que esperan
en la profunda sangre.*

Luis Tablanca hizo de este seudónimo un nombre auténtico en las letras colombianas. Lo mismo que Adolfo Milanés, cuya poesía refleja la provincia con sus acres cartones, sus nostalgias, su calinosa sensación de trópico. Estos dos escritores honraron la comarca nortesantandereana. Lo mismo que Edmundo Velásquez y otros liridas perdidos en la bruma del tiempo. Luis Tablanca fue un costumbrista de recia estirpe. Pero no se limitó a levantar hasta el lienzo animado de sus relatos, lo puramente anecdótico y picante del pequeño mundo que lo circuía, sin permitirle evasión hacia otros meridianos. Supo poner en sus cuentos un tono agri-dulce de vida como realidad ontológica, aquella desesperación, o la ternura y encrespamiento de los seres cuando más allá de lo vital, los muerde el tiempo, las inclemencias, el odio o la ternura que despiertan.

Tablanca constituyó una viva lección de humildad. No fue hechura del plomo de los linotipos, ni cambió elogios de circunstancias como anillos depreciados de gitano. Le tenía santo horror a ciertos sospechosos carteles de publicidad que no ameritan una obra respetable que se salve de la mordedura del tiempo. Su humildad era honestidad de fina ley. Por eso mismo, porque estuvo de espaldas a elogios, favores y desfavores, pudo legarnos una obra literaria seria, que merece amplia difusión entre los colombianos. Sabía narrar y encantar. La provincia santandereana discurre, hermosea, por sus páginas. Supo mirar hondo sin perderse en vaguedades. Esos cuentos suyos son reales, con aquella dosis de suspenso necesaria para que no abandonemos su lectura. Y los muñecos no son de aserrín o polichinelas fantasmales, sino gentes que rodearon al escritor y que él supo grabarlas en un lienzo que nadie podrá desdibujar.

Cumplió, en esta forma, una labor de testigo que no altera la verdad del mundo crepitante en torno suyo. Por eso mismo, su nombre pertenece a las ejemplares y escasas letras colombianas.

* * *

CREPUSCULOS Y ALBAS—Poemas—*Silverio Blanco Gutiérrez*—Editorial “Canal Ramírez”. Bogotá.

Poesía sencilla, tierna, elemental la que nos presenta Silvio Blanco Gutiérrez en este breve libro. Un romanticismo sano y el amor por los seres y las cosas que fueron nuestras y dejaron un balance de melancolía. El autor no enreda su mensaje con intelectualismos o formas líricas complicadas. Fluye la poesía como manantial de la roca. Es cierto que los tiempos actuales no configuran esta clase de poemática que tanto prestigio tuvo a principios del siglo. Pero ello no quiere decir que Blanco Gutiérrez sea infiel a cierta forma que penetra su sensibilidad y le hace gustar el amor de todo lo que es natural, sin complicaciones. Voces del corazón y tarea cumplida con sacerdocio lírico allá en la remota Ocaña, donde el autor enseña y cumple una tarea hermosa y sembradora.

Agradecemos, en consecuencia, el envío de este haz de poemas.

EL PADRE LAS CASAS-SU DOBLE PERSONALIDAD—Biografía—*Ramón Menéndez Pidal*—Espasa-Calpe. Madrid.

En 400 páginas, sesudas, apretadas de polémica, de gran fuego interior, el gran escritor español y maestro de humanidades, don Ramón Menéndez Pidal presenta un retrato a varias tintas del padre Las Casas, nacido en Sevilla en 1474 y embarcado para América en 1502. Para nadie es desconocida la personalidad de este misionero que tanto hizo por los indígenas en los remotos tiempos de la conquista española. Esta biografía enfoca la apasionante vida de fray Bartolomé de Las Casas, desde un punto de vista rigurosamente nuevo. No se trata de los consabidos ditirambos a que estamos acostumbrados. Por el contrario, el maestro Menéndez Pidal, se lanza resueltamente contra la figura legendaria del clérigo para tratar de demostrar que su celo apostólico era producto de una irritada fantasía, ya que lo considera como un megalómano que no tuvo otra aspiración diferente a la de que la posteridad se formara un retrato falso de su personalidad, considerándolo justo, encendido en fe cristiana, defensor de la indiada víctima de la expoliación de los rapaces conquistadores.

Menéndez Pidal es muy hábil en presentar sus argumentos. Claro está que no todo puede ser santidad en Las Casas como lo afirman algunos de sus biógrafos. Tenía sus enconadas enemistades con conquistadores y validos de la corte española. Y que es fácil adivinar un poco de vanidad en sus relatos, lo cual peca abiertamente contra el verdadero cristianismo que es humildad y caridad. Pero la persona del padre Las Casas, no tiene ninguna relación con los hechos de la Conquista propiamente dichos. Está probado que la empresa de los españoles al venir a América no era cosa de poca monta.

Quienes la emprendieron eran hombres esforzados, con un pie en la tierra y el otro balanceándose en el vacío. A su espalda ocho siglos de guerrear contra el moro, lo cual los había endurecido en la contienda y fanatizado. Crueles algunos, también los hubo que tuvieron y practicaron una ardiente caridad cristiana. Porque la apreciación del biógrafo Menéndez Pidal de que el mundo español de entonces se dividió en dos bandos irreconciliables, uno, de todos los conquistadores, despóticos, egoístas, impiadosos, con ansia de robar y matar indios, y, el otro, la persona y la acción de Bartolomé de Las Casas, es inconcebible. Esto no quiere decir que la rapacidad no hubiera sido el común denominador de la época de la conquista en América. Que el indio hubiera sido tenido y mantenido como un esclavo es un hecho histórico indeformable.

Pero tampoco puede desconocerse el aporte del español al mezclar su sangre, padecimiento, encrespado furor anímico con la raza sojuzgada. Las consecuencias están a la vista. Un idioma hermoso, bronco, de nítidos perfiles, una doctrina que constituye un camino de perfeccionamiento para el alma. Lo que sucede es que se pierde de vista la circunstancia histórica de que toda campaña de conquista se convierte en violencia, depredación, sojuzgamiento de los vencidos. El padre Las Casas acaso no se propuso manchar para siempre a la raza conquistadora de América India,

sino poner de presente actos de barbarie, de codicia, incompatibles con la mansedumbre de un verdadero espíritu evangelizador. Pero una cosa es el sacerdocio y la piedad cristiana, la infinita conmiseración por los vencidos y otra, la violencia de soldados perdidos en un continente inhóspite, flechados por los indios, cumpliendo una desolada parábola de conquistadores en nombre de un Dios remoto y de una corte también remota.

El autor de esta biografía sostiene que no lo mueve en su tarea odio contra Las Casas, sino amor por la verdad. Pero no logra cabalmente su propósito porque denigra del sacerdote en forma acerba, considerándolo un paranoico, un frenético megalómano dominado por ideas fijas y ensoberbecido por el halago de aduladores que se movieron en torno suyo.

En todo caso, esta biografía, escrita en alto estilo literario como es de suponerse en un maestro de la calidad de Meléndez Pidal, está llamada a causar sensación en todos nuestros medios culturales e históricos.